

DISCURSO DEL EXCMO.  
SR. D. JOSÉ MARÍA BASTERO, RECTOR MAGNÍFICO  
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Excmos. y Revmos. Sres.  
Colegas de Claustro Universitario  
Estudiantes, Señoras y Señores.

Este Simposio Internacional de la Facultad de Teología, que se inaugura esta mañana, habla de la notable madurez conseguida por esta actividad anual de la Facultad que, iniciada en 1979, alcanza este año su décimo-octava edición. Es el primero en el que, como Rector, tengo el placer de intervenir.

La Universidad de Navarra se siente particularmente orgullosa de la celebración de estos Simposios, que muestran, ante tan selecta concurrencia, parte del trabajo científico habitual de la Facultad de Teología, su sólida implantación en el mundo teológico y la estrecha vinculación de la Teología con las humanidades, las ciencias experimentales y aun el quehacer técnico, del cual provengo.

Por decisión fundacional del Beato Josemaría, la Facultad de Teología forma parte del entramado investigador y docente de la Universidad de Navarra como un Centro más, hermanado y solidario de las restantes Facultades y Escuelas Superiores, llamada, por tanto a cruzar las fronteras disciplinares, respetando siempre la autonomía y modos de hacer de cada ciencia; pero sin renunciar de ningún modo a su función esencial, *«fides quaerens intellectum»* —la fe que busca comprender—, en frase ya clásica de Anselmo de Canterbury, por lo que a los profesores de nuestra Facultad de Teología, se os pide, en palabras de Juan Pablo II, que no os limitéis *«a guardar el tesoro doctrinal heredado del pasado, sino que busquéis una comprensión y expresión de la fe que hagan posible su acogida en el modo de pensar y de hablar de nuestro tiempo»* (JUAN PABLO II, *Discurso a los teólogos españoles en el Aula Magna de la Universidad Pontificia de Salamanca*, el 1 de noviembre de 1982).

Por su esencial apertura a lo divino —es decir, por la *fides*— y por el cultivo profundo del pensar humano que reclama el *quaerens intellectum*, la Teología ocupa una posición estratégica en el diálogo con las demás disciplinas que se imparten en la Universidad. Además de las aportaciones científicas que le son propias, a ella le corresponde mantener actualizado el concepto del mundo como *criatura* de Dios, Autor último de las leyes naturales que el científico trata de desvelar con esfuerzo y pasión; y es también misión suya reclamar sin descanso la dimensión exacta, verdadera, del *hombre, imagen y semejanza del Creador* y destinado a la filiación divina.

Para un saber humano, dominado por el pragmatismo de la racionalidad y de la eficacia, pese a los ingentes avances de la investigación de este siglo, tanto el mundo, como el propio hombre, siguen siendo *misterios* cada vez más profundos, a los que no se acaba de encontrar una explicación definitiva, ni se encontrará, ya que gran parte de la investigación científica, y también de la humanística, está en dramática contradicción consigo misma al postular acriticamente y por tanto sin el debido rigor intelectual, el prejuicio antisobrenatural. Por ello no es de extrañar que cuando desde esa perspectiva, rabiosamente racional, se intenten desentrañar las leyes de la naturaleza y, sobre todo, se pretenda entender la verdad del hombre, se llegue con facilidad a una frustración desesperanzada al no encontrar respuestas convincentes para los interrogantes planteados, cada vez más numerosos.

La salida paradójica a esta situación es proyectar sobre los *misterios* del mundo y del hombre, para establecer un diálogo abierto, el *misterio de Cristo*, el Dios-Hombre, «*que con su vida y mensaje ha iluminado definitivamente los aspectos más profundos de la existencia humana*» (JUAN PABLO II, *ibidem*). La apertura de la inteligencia humana al mundo sobrenatural rompe el círculo vicioso del antropocentrismo materialista sin horizonte y permite abordar la apasionante tarea de intentar jerarquizar las verdades acerca del mundo y del hombre, hasta llegar a la Verdad Suprema, que se personifica en Aquél que dijo: «*Yo soy la Verdad*». De este modo los saberes que cultiva la Universidad se expanden, se insertan en la Sabiduría, se enriquecen con Ella, adquieren la posibilidad de ser fecundados y de ser más fecundos, porque quienes los cultivan con este talante son conscientes del estimulante reto de saber que en su tarea universitaria de investigación y de docencia «*hay un algo santo, divino, escondido que toca a cada uno... descubrir*» (Beato Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar al mundo apasionadamente*, Homilía pronunciada en el Campus de la Universidad de Navarra, el 8 de octubre de 1967).

Sin embargo por excelso que sea su cometido, la *verdad* a la que se accede por la *investigación* y se difunde con la *docencia*, la Universidad no se justifica a sí misma. Como cualquier otra realidad humana, la Universidad se legitima fundamentalmente por el servicio que presta al hombre concreto con el que convive en cada época histórica. Como afirmó el Beato Josemaría: «*la Universidad no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. Pero, al estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan, y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa. Contribuye así con su labor universal a quitar barreras que dificultan el entendimiento mutuo de los hombres, a alejar el miedo ante un futuro incierto, a promover —con el amor a la verdad, a la justicia y a la libertad— la paz verdadera y la concordia de los espíritus y de las naciones*» (Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *La Universidad ante cualquier necesidad de los hombres*, Discurso pronunciado en la Universidad de Navarra el 7 de octubre de 1972)

En este contexto se entiende que la Universidad de Navarra nunca haya considerado la actividad teológica como una tarea de clérigos: no es la Teología en la Universidad, como tampoco lo es hoy en la Iglesia, un discurso de clérigos para clérigos, ni quiere limitarse a ser un instrumento para la formación de futuros sacerdotes. Nuestra Universidad desea, por el contrario, que la Facultad de Teología colabore con sus demás Centros Académicos en el empeño de servir a la sociedad actual, que reclama de modo apremiante que los estudiantes salidos de las aulas universitarias exhiban, junto a una *excelente formación profesional*, un elenco de *valores* operativos sustentados en *virtudes* arraigadas con firmeza en sus propias vidas. La Universidad de Navarra, que respeta exquisitamente la legítima libertad de las personas, aspira a que los profesores, estudiantes y empleados, que constituyen su Comunidad Académica, tengan *cabeza cristiana*, que informe todas sus actuaciones y les impela a un comportamiento honesto y solidario y, por tanto, precisa de la Teología, pues no es la Teología una tarea simplemente especulativa, sino que, enraizada en el suelo de la fe y desarrollada en el ámbito de la Iglesia, tiende necesariamente a materializarse en acción práctica para informar la vida de los hombres y mujeres, de la Iglesia misma y de la entera sociedad.

El título general de este Simposio, CRISTO Y EL DIOS DE LOS CRISTIANOS, parece muy adecuado para este año que el Romano Pontífice ha decidido que, como preparación al inminente tercer milenio, se dedique *a la reflexión sobre Cristo*. Siguiendo el deseo del Papa, nuestro Gran Canciller, Monseñor Javier Echevarría, nos insta en una reciente carta a quienes realizamos tareas de docencia y

de investigación: *«demostrad en vuestro trabajo una íntegra identidad cristiana, sin miedos ni respetos humanos; impregnad de sentido cristiano todas las materias, exponed los grandes temas de la vida humana con referencia a Jesucristo: nuestro lenguaje de cristianos no se puede reducir a una filantropía meramente natural o a una simple ética humana. Sólo Dios da respuesta y sentido plenos a los interrogantes de la ciencia y de la vida; y sin ambages, lo hemos de hacer ver con claridad al tratar los grandes temas de la filosofía, del derecho, de las ciencias del hombre y de la naturaleza, de la historia. Interesa al Señor que, llenos de rectitud de intención, alcancéis un alto prestigio profesional, porque en ese terreno vuestro se libran las batallas que luego influyen en el orden de la sociedad, de este mundo nuestro, y nos importa de veras a todos que la Verdad sea protagonista de todas las decisiones».*

Este elenco de deseos y aspiraciones, que la Universidad de Navarra asume con espíritu deportivo, será el cuadro en el que se va a enmarcar este Simposio, que al ocuparse de asuntos centrales de teología dogmática, empapará, por ósmosis, aún más del *misterio de Cristo* todo nuestro trabajo universitario.

No quiero terminar sin agradecer su presencia entre nosotros a las personalidades que han aceptado amablemente la invitación a participar en estos trabajos. Y también felicito vivamente a los organizadores de estas jornadas, en las que tantas esperanzas deposita una vez más la Facultad de Teología y, con ella, la Universidad de Navarra.